LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1889 — NÚM. 390

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DIVAGACIÓN, cuadro al pastel de Andrés Petroni

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *La luna de hielo*, (conclusión) por don Augusto Térez Perchet. – *Una familia feliz*, por don Jacinto Escobar. – *La expedición americana á la bahía de Lady Franklin.* – *La ciencia en el Circo. La bola misteriosa.*

GRABADOS. – *Divagación*, cuadro al pastel de A. Petroni. – *Fuente adosada á la pared, existente en el palacio imperial de Berlín*, grupo escultórico de C. Uechtrictz. – *Salida de la escuadra para el Norte*, cuadro de Walter Langley. – *La diadema*, cuadro de León y Escosura. – *¡Adelante!* cuadro de Pablo Gollerón. – *En clase*, cuadro de Geoffroy. – *La llauraora*, dibujo á la pluma de J. Zapater. – *Alrededores de Amsterdam*, cuadro de J. M. Marqués. – *Fig. 1. – La bola misteriosa en el Circo de los Campos Elíseos, de París, representada con el clown Lepère.* – *Fig. 2.* – *El clown père dentro de la bola misteriosa.*

NUESTROS GRABADOS

DIVAGACIÓN, cuadro al pastel de Andrés Petroni

La pintura al pastel vuelve á estar de moda entre algunos célebres artistas italianos que atraídos, quizás, por la facilidad con que se ejecuta no piensan – ó si piensan no debe importarles mucho – en los graves inconvenientes que ofrece, de los cuales no es el menor el de que la más pequeña sacudida en el cuadro, el transcurso del tiempo hacen desprender del papel menudas partículas de las materias colorantes y acaban por apagar toda la brillantez y riqueza de los tonos.

Petroni en su «Divagación» ha seguido la corriente de esa moda y no podemos sentirlo por cuanto ha creado una obra que casi llega á confundirse con un lienzo al óleo y que además de esta cualidad de ejecución expresa de una manera acabada lo que el autor se propuso, es decir, representar personificado en una hermosa joven ese estado del alma durante el cual la imaginación movida á impulsos del amor se entrega á las más risueñas y si se quiere descabelladas fantasías.

La obra del joven pintor italiano estuvo expuesta en la Promotrice de Nápoles y cautivó á cuantos la vieron por el vigor con que está tratada y por la verdad del sentimiento que refleja.



FUENTE ADOSADA Á LA PARED, existente en el palacio imperial de Berlín

Grupo escultórico de C. Uechtrictz

En el número 388 de esta ILUSTRACIÓN consignamos algunos datos relativos al palacio imperial de Berlín recientemente restaurado y esto nos releva de entrar en explicaciones acerca de esta escultura de Uechtritz, digna pareja de la que entonces reprodujimos: ademas la elegancia y riqueza de detalles de la obra saltan á la vista en el lindo grabado que hoy publicamos y confirman la exactitud del juicio que emitimos del ilustre escultor berlinés.

SALIDA DE LA ESCUADRA PARA EL NORTE cuadro de Walter Langley

¡Cuán cierto es que en pintura el asunto más gastado puede inspirar obras enteramente nuevas y originales! La salida de una escuadra ó de un barco, la despedida del marino han servido de temas para muchos cuadros y sin embargo el de Langley no se parece á ninguno de los del mismo género porque su autor, apartándose de ese convencionalismo que suele dominar más ó menos en todas las despedidas, ha hecho surgir el efecto no de la materialidad de la escena, sino de la expresión de una parte de los personajes que en ella intervienen: la de los que vemos en este lienzo no puede dar lugar á dudas; los semblantes no expresan la alegría del que espera sino la tristeza del que ve partir al ser querido, la actitud de cada figura no denota impaciencia sino decaimiento y el tinte general del cuadro no ostenta los brillantes reflejos del sol que viene sino las penumbras del astro que se pone.

LA DIADEMA, cuadro de León y Escosura

He aquí un cuadro al parecer extremadamente sencillo y que tiene, sin embargo, á nuestros ojos además del innegable valor artístico un valor histórico y quizás también filosófico no pequeño. Sorprenderá, quizás, esta afirmación á los que en él sólo vean la propiedad y elegancia de los trajes, muebles y accesorios y la finura, belleza y corrección con que están pintadas las dos figuras, y es que nosotros sin desdeñar estos detalles de factura nos empeñamos en mirar reflejado el espíritu de una época tan pagada de todo lo superficial y tan adoradora de los placeres como poco accesible al sentimiento y falta de sentido moral. La declaración del lechuguino no expresa pasión, sino simplemente deseo; la distracción de la damisela no es hija de pudorosa emoción, sino de vanidad al contemplar la preciosa joya prendida á su linda cabecita.

Materia, frivolidad: esto es lo que nos dice el cuadro de León y Escosura y como (sin por eso olvidar las escasas virtudes) no podemos menos de acordarnos de los muchos vicios del período histórico á que pertenece la gentil pareja, de aquí que por encima de la belleza artística nos cautive el pensamiento filosófico que el pintor con tan sencillos elementos ha formulado.

¡ADELANTE! cuadro de Pablo Gollerón

(Salón de París 1889)

Con decir que el cuadro representa un episodio de la guerra franco-prusiana y que está pintado por un francés, explicado queda el efecto que su vista produce. Gollerón no ha querido conceder en él el menor espacio á los conquistadores de la Alsacia y de la Lorena; si ha pintado un casco ha sido tirado por él al suelo, si ha reproducido un soldado prusiano lo ha hecho dedicándole el más modesto rincón, y presentándolo inerte y medio sepultado entre la hierba; Gollerón ha querido que el espectador se fijase únicamente en ese pelotón de franceses en cuyos semblantes y actitudes retrátanse todo el entusiasmo del que defiende á su patria, todo el furor del que ve hollado el territorio por el aborrecido extranjero. ¡Cuánta expresión, cuánto movimiento en esas figuras que se lanzan contra un enemigo cuya proximidad se adivina sin verle! ¡Adelante! no puede ser otra la exclamación que pronuncian sus labios, expresan sus ojos y denotan sus ademanes.

¡Hermosa palabra! Más hermosa todavía si en vez de ser ahogada por el fragor del combate brota de millones de pechos henchidos de legítimo orgullo ante el triunfo del trabajo y del progreso.

¡Adelante! gritó Francia en 1870 y fué vencida. ¡Adelante! grita en 1889 y sobre su frente ciñe la corona de imperecedera victoria.

Marchitaránse algún día los laureles de Sedán como se marchitaron los de Austerlitz: los que la industria, el genio, la perseverancia y el trabajo acaban de conquistarte ¡oh poderosa Francia! en el Campo de Marte conservarán su perfume, su frescura y su lozanía al través de todas las edades.

EN CLASE, cuadro de Geoffroy

(Exposición Universal de París)

No podemos remediarlo; en cuanto un pintor nos presenta una colección de niños, ya desde luego le otorgamos el cincuenta por ciento de nuestras simpatías, y si la presenta con la maestría que Geoffroy, amén de darle el resto de éstas le concedemos toda nuestra admiración. Y es porque, á nuestro modo de ver, ocurre con los niños lo que con los pájaros y las flores, que basta copiarlos para que resulten bellos, basta agruparlos para que nazca un conjunto hermoso.

Pero Geoffroy ha hecho más que copiar y agrupar; ha sorprendido á la niñez en una situación que se presta a animar los infantiles rostros con las más variadas expresiones y ha pintado unas filas de niños que á ser de hombres pecarían de monótonas y ahora respiran animación y poesía.

Cada cara, cada actitud merecería los honores de una descripción especial, pero como no disponemos de espacio para ella renunciamos á singularizar por miedo de herir susceptibilidades.

Sin embargo, si nos preguntaran cuál de todas esas preciosas criaturas quisiéramos que fuese nuestro hijo, no sabemos por qué y con la misma espontaneidad con que Bellini ante una pregunta algo parecida en el fondo dijo: «¡Norma!» diríamos: el del centro del segundo banco: es una cabecita que nos encantó desde el primer momento, lo cual no quiere decir que no nos encanten las diez y siete restantes: pero aquel niño, sobre ser el que refleja más salud (y esto entra por mucho cuando de un padre se trata), nos parece que ha de ser, si no el más aplicado, el más listo y sobre todo el más cariñoso.

LA LLAURAORA, dibujo á la pluma de J. Zapater

Reproducido fotográficamente

El tipo de la *llauraora*, de esa hija de la sin igual huerta valenciana nacida y criada entre flores es poético como pocos: con esto dicho se está que Zapater ha sabido escoger buen modelo para su dibujo. En cuanto al modo cómo lo ha reproducido ¿pueden darse mayor tersura en el cabello, mayor morbidez en las carnes, mayor finura en los contornos, mayor suavidad en el ropaje, mayor verdad y más acertado claro obscuro en los complicados pliegues de la falda, mayor naturalidad en la figura toda?

Hace algunos años publicamos otro dibujo á la pluma del mismo autor («Arabe tocando la guzla»). ¡Cuán notable progreso acusa sobre éste *la llauraora!* La pluma de entonces revelaba cierta dureza; hoy con ella ha conseguido Zapater efectos de suavísima delicadeza que se manifiestan así en el conjunto como en los detalles y que le conquistan uno de los primeros puestos entre los especialistas en esta clase de dibujos.

ALREDEDORES DE AMSTERDAM cuadro de J. M. Marqués

El cuadro de Marqués no necesita explicación, ni casi necesita título: lo que sí necesita imprescindiblemente es firma. Nos explicaremos.

La naturaleza verdad, la poética sencillez no se explican, se sienten: ¿qué podríamos, en efecto, decir de la transparencia del agua, de la pureza del cielo, de la belleza del horizonte, de la naturalidad de las figuras, que no se lo digan con más elocuencia á sí mismos los que el paisaje contemplen?

Apenas necesitaría título porque á la legua se reconoce esa hermosa campiña de los Países Bajos que nadie puede confundir con las demás campiñas de Europa.

En cambio, necesita firma porque, de no llevarla, cualquiera podría atribuir el cuadro á uno de esos inspirados especialistas flamencos cuyas obras constituyen uno de los principales atractivos de los más célebres museos.

Cuando vimos este lienzo de Marqués nos figurábamos encontrar delante de la firma el *Van der* característico en tantos pintores holandeses. ¿Era que dudábamos del joven pintor catalán? No; era que nos parecía que sólo el que hubiera nacido en aquellos países, recorrido desde su infancia aquellas praderas y vivido entre aquellas vacas podía reproducir unos y otras con tanta fidelidad y poesía.

Perdónenos nuestro querido y fecundo colaborador el haber olvidado por un momento el principio de que así como el arte no tiene patria, el artista de corazón se identifica con lo bello donde quiera que lo encuentre.

LA LUNA DE HIELO

(Conclusión)

Abierto el dique de cifras y datos, fué preciso que cada cual aportase los que sabía y, por consecuencia, el diálogo tomó carácter más amplio y se consignó lo mucho que la ciencia debe al ilustre Saussure, nacido el año 1740 en Ginebra y autor del libro titulado *Viaje á los Alpes*, estudio de física, de botánica y de geología.

– Pues y Hegetschwyler ¿ha estudiado poco los Alpes? – decía uno.

– ¿Y Tindal, y Escher, y Hugi? – añadía otro.

– No olvidemos á Forbes, Agassiz, Studir, Heat y Desor, – replicaba un tercero.

– Ni tampoco á Berlespch, Ulrich, Dollfuss, Vogt, Pourtalés, Coulón y Nicolet, – insistió un cuarto erudito, y en fin, el resultado fué que todos se despacharon á su gusto y que quien lo hubiera ignorado hasta entonces, pudo saber que las expediciones científicas á los Alpes habían abierto ancho campo, en orden á la constitución y movimiento de los *glaciers*, á la formación de las nubes, á la vida vegetal y animal de aquellas alturas, á los fenómenos eléctricos, á las observaciones sobre el estado de la atmósfera y á otras muchas cosas.

Colocado Arturo González frente á Mr. Blaine y á la derecha de Mr. Tracy, dirigióse al periodista norteamericanos y le habló así:

– Respetable colega, ¿ha estado V. antes de ahora en Suiza?

– Esta es la primera visita que le dedico, honorable compañero, – respondió Tracy.

– No sucederá lo mismo con nuestro ilustre Blaine, – insistió Arturo.

– ¡Oh! ¡no! – se apresuró á decir el aludido.

– Los ingleses profesan mucha afición á los viajes, – añadió Arturo.

Mr. Blaine, que tenía la boca llena, hizo una señal afirmativa y cuando pudo emitir la palabra, se expresó de esta manera:

– Nosotros conocemos perfectamente la Europa, América, Africa y Asia; y en cuanto se refiere á Suiza, ningún inglés ignora los datos de su historia, ni deja en Saboya de saludar con respeto el Mont-Blanc, la célebre *Roca Blanca*, desde donde Aníbal, con soldados escogidos, protegió la marcha de sus tropas.

Tracy soltó una carcajada que hizo palidecer al orador.

– Lo que V. refiere, observó el americano, es, simplemente, una fábula. V. cita la opinión de Polibio, pero esta carece de fe, pues de admitirla habríamos de admitir, como consecuencia, un imposible; que los cartagineses atravesaron los Alpes por el *Cuello del Gigante.*

– Exactamente, – dijo González con gravedad cómica, – y por mi parte, rechazo la hipótesis de Polibio, como la rechazará quien, sin visitar este país, lo estudie en el mapa.

La erudición de Mr. Blaine quedaba reducida á cero; mas el inglés no podía consentir la derrota sin buscar una revancha, y pronto quiso rehacerse en la opinión del auditorio.

– No discuto ese detalle, – exclamó, – aunque pudiera aducir argumentos en apoyo de mi opinión, porque á nadie se oculta que Inglaterra ocupa el puesto de honor en todo lo relativo al Mont-Blanc. Los ingleses han sido los primeros que entraron en el valle de Chamounix y á ellos se debe la fama del Mont-Blanc. Sabido es que mis compatriotas Windhan y Pococke penetraron en este valle el año 1741 y visitaron los *glaciers* y dieron el nombre de *mar de hielo* á la superficie glacial que todos conocemos.

– Olvida V., – interrumpió González, – un dato de importancia. Aquellos ingleses que habían adoptado increíble suma de precauciones, sólo llegaron al Montanvers; es decir, á altura insignificante, puesto que sólo alcanza 1908 metros.

– En cuanto á eso, – contestó Blaine sin desconcertarse, – se ha dado un caso de mayor prudencia. La emperatriz Josefina subió en 1810 al Montanvers, con algunas damas de su séquito y la friolera de sesenta y ocho guías.

El francés no pudo reprimir un movimiento nervioso. Miró un momento á Mr. Blaine, pero nada dijo.

– Además, señores, – continuó Blaine, – los primeros viajeros que por diferentes caminos alcanzaron la cumbre del Mont-Blanc, eran ingleses, y por cierto no he olvidado sus nombres. Después de Santiago Balmat y el doctor Paccard, quienes como naturales de Chamounix deben excluirse del catálogo, figuran Beaufroy en 1787; Fellowes y Hawes, que treparon á la cima el 25 de julio de 1827; Grenville, Smyth, Ainslie y Kennedy el 14 de agosto de 1855; Hudson en 1859; Leslie Stephen y Tuckett el 18 de julio de 1861; Moore, Mathews y Walker el 15 de julio de 1865 y Brown el 25 de julio de 1868.

El francés, que hasta entonces había permanecido impasible, colocó el trinchante y el cuchillo al borde del plato, deslizó la blanca servilleta por el bigote y dijo:

– Señores, reclamo para Francia la gloria mayor, en orden á las primeras ascensiones al Mont-Blanc. La señorita Enriqueta d'Angeville trepó el 4 de setiembre de 1838 á la formidable altura, y queriendo elevarse más todavía, se encaramó sobre los hombros de los guías que la acompañaban.

Mr. Blaine no pudo replicar. Aquel dato quitaba gran parte de su mérito á las escaladas de los ingleses, y servía de compensación al recuerdo de la emperatriz Josefina.



SALIDA DE LA ESCUADRA PARA EL NORTE, cuadro de Walter Langley

El amor propio británico de la mistress amojamada estalló con súbita altivez.

– Ustedes los españoles no figuran en la lista, – observó dirigiéndose á González.

– Estamos tan altos, que no necesitamos subir más, – dijo sonriendo Arturo.

Estas palabras hicieron palidecer á la inglesa; y de tal suerte se transfiguró su semblante, que hubiera podido servir de modelo para una de las Gorgonias, mencionadas por la Mitología. Quiso disimular su ira, llevando á los labios una copa de vino, pero rodó ésta sobre los manteles y el líquido salpicó no pocos vestidos. El esposo de la señora, confuso y temiendo quizá una catástrofe, colocó en torno de la oreja izquierda una mano, cerrándola á modo de trompeta, y se dispuso á oir las explicaciones de su consorte. Ella lo satisfizo con una especie de ininteligible gruñido y el buen hombre tuvo que renunciar á conocer el enigma.

La locuacidad con que Mr. Blaine había abrumado á su contrincante se amortiguó, y ya parecía terminado el incidente, cuando González dijo, como la cosa más sencilla del mundo:

– La verdad es que Mr. Blaine sólo tiene razón á medias. En la historia del Mont-Blanc no han intervenido frecuentemente los norteamericanos, pero cualquiera creería que nuestro compañero procede con segunda intención.

– ¿Cómo con segunda intención? – repuso Tracy.

– Las apariencias, al menos, así lo denuncian, – insistió González, disimulando una sonrisa de contento.

– ¡Caballero! – arguyó Blaine, – no comprendo...

– Calma, amigo mío. Voy á explicarme. ¿A qué viene ese fárrago de nombres de viajeros ingleses que han escalado el Mont-Blanc, y cómo se entiende la omisión de los norteamericanos Randan y Bean, que emprendieron la subida el 5 de setiembre de 1870? El tiempo era dudoso y la estación avanzada con exceso. ¿Han realizado los ingleses heroicidad por el estilo?

La colonia norteamericana prorrumpió en un *¡hurra!* de entusiasmo. Señoras y caballeros se pusieron al unísono en pie. La gravedad de la comida trocóse durante diez minutos, en nota alegre de triunfo ruidoso y hubo brindis y se apuraron no pocas botellas.

Mr. Blaine estaba humillado. González le dió el golpe de gracia en esta forma:

– Deploro lo sucedido, pero la conciencia me imponía el deber de restituir la exactitud á las cosas. Por lo demás, no soy yo, es Mr. Tracy, quien tiene derecho de pedir á V. explicaciones de una conducta que tan mal ha colocado la patria y el decoro personal de nuestro compañero.

– El asunto, en efecto, es de mi exclusiva competencia, – añadió Tracy en tono grave.

La comida acabó á poco, triste y glacial. Todos comprendían que era inevitable un duelo, y los comensales culpaban en silencio al periodista español de imprudente y de indiscreto.

Arturo, en vez de darse por aludido ante las miradas rencorosas de que era objeto, levantóse y después de saludar con aire altanero, abandonó la sala.

VI

El veintitrés de julio, el matrimonio inglés y los invitados por el mismo á la expedición, entre ellos Agar, su marido y el francés, formando heterogénea caravana, se pusieron en camino, al amanecer de un día brillante y apacible.

A tal hora presentaba Chamounix un aspecto gracioso y animado. Aquel pueblo, que tiene gran parecido con una isla rodeada de nieves y rocas en vez de móviles aguas, sonreía á los rayos del sol. En presencia de los encantos naturales y al contemplar el río Arve de bulliciosa corriente; al oir el alegre sonido de las esquilas del ganado; al aspirar las emanaciones del fresco ambiente, saturado de perfumes campesinos; al ver los grupos de rústicos chalets, los altos pastos extendidos en las rígidas pendientes, los juegos de la luz en cañadas, agujas, mesetas y cúpulas ceñidas por diademas de hielo, reconocía, aun la imaginación más vulgar, que era una nota discordante la exhibición, en pleno idilio pastoril, de los suntuosos hoteles y de los camareros de frac y corbata blanca.

La invasión de la moda parisién en Chamounix ha sido un rudo golpe contra la estética; pero ¿quién prescinde del *bon vivant*? ¿Cuántos viajeros acuden á estos parajes por el exclusivo placer de restaurar sus fuerzas, agotadas en la existencia de los grandes centros? ¿Cuántos le consagran una visita, con el propósito exclusivo de admirar las obras de la creación?

No pidamos imposibles á nuestra época. Aceptemos los usos conforme se revelan, pues lo contrario equivaldría á intentar detener el curso de un torrente con la sola fuerza de la voluntad.

Arturo, Blaine y Tracy no habían acudido á la cita, y mistress Sara disimulaba difícilmente la contrariedad que le producía su ausencia. Era ofensivo suponer que el temor los hubiera retenido en el valle ó que, sin aviso previo, desistiesen de la expedición. Evidentemente, existía un misterio en lo ocurrido, pero Sara se abstuvo de formular la más ligera pregunta, recelosa de que fuese interpretada como expresión de la vanidad, antes que por signo del afecto.

Mister Williams, callado segun costumbre, dejábase llevar por su cabalgadura, poderoso mulo, remedo de elefante ó mastodonte, y sólo sonreía al oir las agudezas del francés. Marido paciente y cariñoso, creía cumplir un deber complaciendo á su esposa; pero si resultaban inútiles sus esfuerzos, tanto peor para ella.

Mistress Agar había trocado su vestido de sociedad por otro más adecuado á las exigencias de la ruta y á las escaladas de los muros de hielo; y estaba tan deliciosa con su indumento casi masculino, que los chicuelos del valle, sorprendidos por la aparición de aquel fac-símile de momia egipcia prorrumpían en gritos y risotadas. Ella, inalterable, dedicaba su atención á la naturaleza y, hablando consigo misma, pronunciaba tal cual frase, reveladora del grado de satisfacción que sentía. Entonces, el pobre marido se acercaba á mistress Agar, pensando que le hablaba ésta, y ceñía inútilmente con la mano una de sus orejas, pero sin lograr enterarse de cosa alguna, puesto que la señora conversaba con los objetos inanimados.

La flora alpina preocupaba á la respetable Agar y sorprendida por los encantos del *rhododendron*, que vive hasta en alturas de 7500 pies, cogía ejemplares primorosos de esta planta de campanillas brillantes y de caras salpicadas de puntos amarillos. Después que hubo reunido un grueso ramo, lo puso en el pecho, y entonces el cuerpo desgarbado de Agar tuvo gran semejanza con un tronco árido, donde artificialmente hubieran colocado aquella expresión graciosa del poder vegetativo.

La subida se efectuó según el itinerario que todo el mundo sabe de memoria. Salida de Chamounix, á la hora que hemos dicho. Llegada á los *Grandes Mulos* entre cuatro y cinco de la tarde y descanso en la cabaña de esta etapa hasta la una de la siguiente madrugada, hora en que hay que partir, para alcanzar temprano la cumbre.

Los *Grandes Mulos* son rocas aisladas, algunas de doscientos metros de altura, que emergen de un *glacier* pródigo en grandes bloques de hielo por cuyas caras, de color verde, fluyen hilos de agua.

Con esta vecindad y con apuntar que la cabaña se eleva sobre Chamounix más de tres mil metros, es fácil creer que se experimentaría una temperatura siberiana.

La voluntad enérgica de Sara no desfallecía un punto; y ya fuese por su predisposición á percibir la belleza ó porque los ronquidos de los guías le impidiesen dormir, ello es que durante la noche salió de la cabaña, deseosa de contemplar el espectáculo mágico de aquellos parajes, de apariencia caótica, sumidos en silencio de muerte, medrosos con su blancura de sepulcros y con las negras sombras que proyectaban los hielos y las rocas.

El francés la acompañó por cortesía, aunque renegando del antojo.

– ¡Qué divino es este cuadro! – decía Sara.

– Sin duda, – contestó el francés, – pero sería mejor verlo al través de los cristales y al amor de una buena lumbre, porque aquí hace un frío de todos los demonios.

– ¿Tiene V. frío?

– Como el más estúpido de los mortales.

– Pues yo no lo noto mucho.

– ¡Ah, señora! las almas privilegiadas usan cuerpos insensibles á ciertos achaques.

– Gracias, amigo mío, si ha querido V. aludirme.

– Claro que sí, porque reconozco en V. un temple extraordinario.

– Es, simplemente, que la poesía me deleita.

– Lo creo sin dificultad; pero ¿no le parece á V. oportuno que entremos en la cabaña?

Sara guardó silencio y se limitó á gozar por sí sola de la hermosura de la noche, mientras el francés, que había estornudado media docena de veces, volvía á la choza pesaroso de su amabilidad y diciendo:

– ¿Si habré atrapado una pulmonía?

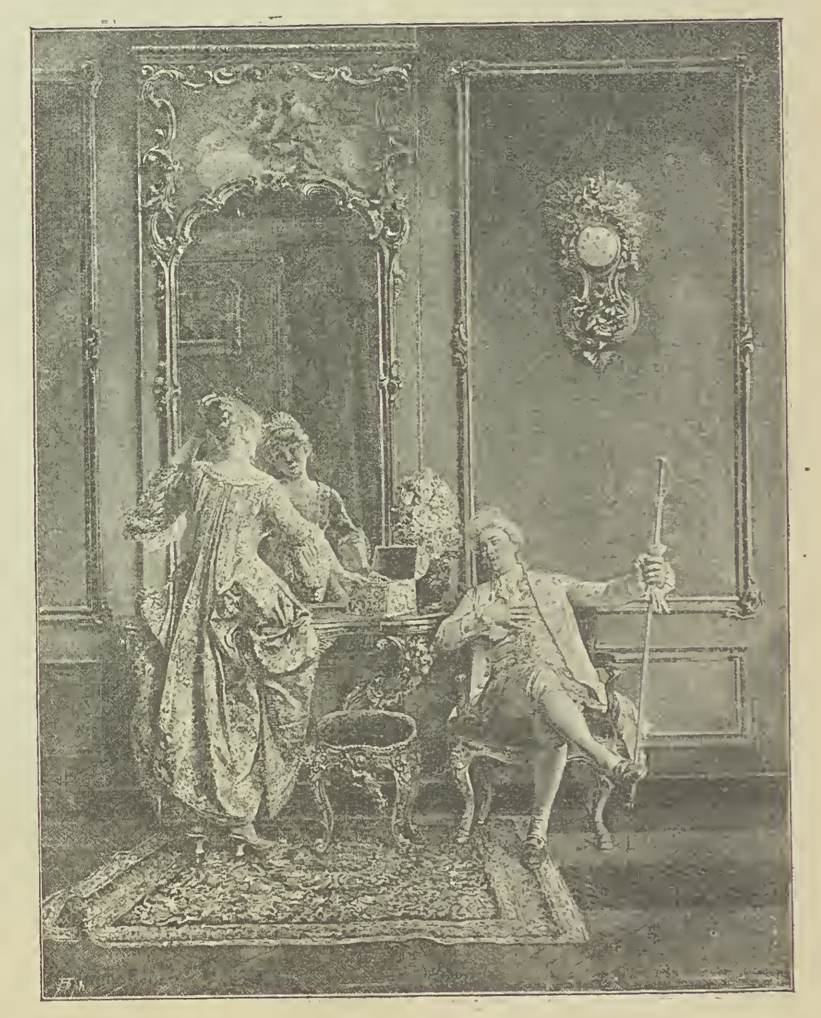
Mr. Williams, entretanto, oficiaba de filósofo; es decir, tomaba el tiempo según se presentaba; y acurrucado en un rincón y envuelto en su *plaid*, dormía con la envidiable paz de un bendito.

El segundo día de excursión, fué en aumento el disgusto de Sara; y como si hasta las circunstancias leves se conjurasen en su daño, la aparición de lo imprevisto la puso de un humor endiablado.

Al llegar los viajeros á cierta altura, percibió la encantadora dama un objeto que se destacaba en la cumbre del Mont-Blanc. A veces lo envolvía una nube de tenues vapores, y luego que pasaba la errante hija de los aires, volvía á descubrir aquel cuerpo, tan inmóvil y rígido como las grullas que se encuentran en la campiña de Córdoba sobre los oscuros *almiares* de trigo, y que más semejan esculturas que seres animados.

La impresionabilidad puso en conmoción todos los nervios de Sara, imprimiéndoles sacudidas violentas, y acaso pensó aquella mujer que había obrado con reflexión dudosa, al disponer la fiesta nupcial en la forma inusitada que sabemos.

Apenas escalaron los expedicionarios la última cumbre,



LA DIADEMA, cuadro de León y Escosura



¡ADELANTE! cuadro de Pablo Gollerón (expuesto en el Salón de 1889)



EN CLASE, cuadro de Geoffroy (Exposición Universal de París)

hicieron un esfuerzo y lanzaron un *¡hurra!* más ó menos sonoro, conforme el estado en que se encontraba cada individuo; pues ni los velos verdes ó azules, ni las gafas de cristal ahumado, ni los recios guantes, impidieron la hinchazón del rostro, las grietas de los labios, la especie de quemadura en la piel del cuello y las orejas y la irritación de los ojos.

El *mal de las montañas*, debido á la débil tensión del oxígeno que por esa causa alimenta de modo imperfecto las combustiones intra-orgánicas, habíase revelado en casi todos los excursionistas con los peculiares caracteres de la asfixia; el excesivo cansancio, las náuseas, el desvanecimiento, las hemorragias, el dolor de cabeza, el deseo irresistible de dormir y la opresión en el corazón. Parecían convalecientes recién salidos de un hospital; pero habían triunfado, y esta idea alegraba sus ánimos y vigorizaba sus miembros entumecidos.

No bien pronunciaron aquel *¡hurra!* en el que Sara se abstuvo de tomar parte, apareció Arturo en el ingreso de una tienda de campaña (¡este era el objeto que había llamado la atención de Sara!) y saludó cortésmente al feliz matrimonio.

El joven periodista, vestido de pieles, hubiera podido confundirse con un auténtico esquimal.

VII

¿Y Blaine? – ¿Y Tracy?

Nadie los había visto después de la comida en que se creyó inevitable el duelo. Y, en efecto, Tracy rogó á González y á un norteamericano que se entendiesen con otras dos personas designadas por Blaine para ventilar el enojoso asunto en el terreno del honor. Celebróse una conferencia y no hubo arreglo amistoso, gracias al punto de vista de González quien, contra la opinión de los individuos llamados á intervenir, estimaba caso grave lo que en purismo sólo merecía el dictado de susceptibilidad exagerada. La segunda entrevista fué tan estéril como la primera y al fin se convino el duelo para la mañana próxima, al amanecer, con objeto de que el combatiente que resultase ileso pudiera acudir al Mont-Blanc en unión de los invitados por Williams y Sara.

Pero ¡oh sorpresa! una vez en el lugar elegido para batirse y cuando iban á comenzar los preliminares, presentáronse dos gendarmes y sin cumplimiento alguno detuvieron á duelistas y padrinos, excepto á González, por la razón obvia de que no acudió á la cita.

El estupor de aquellos señores puede adivinarse; mas como las protestas eran inútiles, se resignaron con su suerte, y mohinos y malhumorados fueron á presencia de la autoridad respectiva.

El asunto parecía revestir caracteres de gravedad, pero afortunadamente, una carta de González llevada al magistrado por un camarero del *Hotel de la Corona*, modificó las cosas en obsequio del inglés y de su colega el norteamericano.

La carta decía de este modo:

«Señor: el sentimiento del amor profesional me ha impulsado á proceder en forma imprudente, aunque decidido, desde el primer momento, á evitar daños y compromisos.

»He suscitado ridículas rivalidades entre dos dignas personas, Mr. Blaine y Mr. Tracy, poniendo en juego los necesarios recursos para que estallase un conflicto y que sólo tuviera solución por medio de las armas. Pero como era mi exclusivo deseo emprender la subida al Mont-Blanc sin la compañía de aquellos señores, comprendí que avisando á la autoridad, ésta evitaría el desafío pactado.

»He aquí la verdad de lo ocurrido.»

Esta carta, leída á Blaine y Tracy, los reconcilió al punto; mas era imposible subir á tiempo al Mont-Blanc, de modo que aparecía indudable la derrota de los corresponsales.

– ¿Cómo volver á Londres? – pensaba el uno.

– ¿Cómo regresar á Nueva-York? – discurría el otro.

– ¿Cómo permanecer en Chamounix? – decían los dos.

En tan apurado lance, la prudencia exigía abandonar la población, y esto hicieron, sin llevar consigo ni un solo apunte.

¡Quiebras del oficio!

Libre de sus colegas, hizo Arturo transportar una tienda de campaña á la cima del Mont-Blanc y acompañado de dos guías salió de Chamounix algunas horas antes que la caravana, anticipándose así á la llegada de ésta.

La fuga de Blaine y de Tracy, la historia de la carta y, en resumen, cuanto se relacionaba con los recursos puestos en acción por González para empequeñecer á los dos periodistas, sirvió de pasto á las conversaciones en todos los círculos de Chamounix y formó una atmósfera de simpatía que, al regreso de la caravana, se reveló en manifestaciones expresivas hacia el español.

Veamos, ahora, lo que sucedía en la cumbre del Mont-Blanc.

VIII

Después de saludar á los recién llegados, Arturo González izó la bandera española en el asta que servía de remate á la frágil casa de lienzo, y al mismo tiempo Mr. Williams clavó en otro extremo de la meseta de la montaña el pabellón de Inglaterra. El francés no quiso ser menos; pero harto olvidadizo, había omitido llevar consigo un oriflama, según exige la práctica, sobre todo para advertir á los espectadores que desde el valle esperan el resultado de la excursión, el éxito lisonjero, con lo cual se hacen en Chamounix las salvas de costumbre. Sin embargo, el francés no se juzgó vencido, y recordando que los hermanos Schlagintweit, á falta de otra cosa arbolaron en el monte Rosa una camisa y que Studer hizo flotar sobre el Rindehorn un chaleco, abrió el saco de viaje y ató en la punta de un palo unos calzoncillos de lienzo, que poco después se agitaban en piruetas insolentes, no sin arrancar furibundas protestas á la colonia británica, literalmente aterrada en vista de aquel atentado contra el pudor.

Mistress Sara, salvo el alarde vulgar que apunto, creíase en el mejor de los mundos, y prescindiendo de la influencia de diez grados bajo cero, que el termómetro asignaba al aire, y de veinte á la nieve de la superficie, tartamudeó estas palabras, pretendiendo animar á sus acompañantes:

– Comprendo que este aire, enrarecido y seco, es difícil de resistir; pero en cambio, su elasticidad, unida á la baja temperatura, sirve de contrapeso á la fatiga.

Verdaderamente, la ocasión no era oportuna para dirigir discursos á un auditorio colocado sobre un pavimento de nieve y hielo de un espesor de sesenta y tantos metros, y sucedió que las frases de la dama pasaron desapercibidas.

La reacción vino al cabo. El grandioso panorama que se descubre desde la majestuosa cumbre, cautivaba en términos irresistibles.

Las capas inferiores de la atmósfera aparecían un tanto cargadas de vapores y contrastaban con la pureza y la limpidez de las capas superiores. El cielo era de azul profundo; las montañas vestíanse con matices amarillentos y los valles se destacaban un poco indecisos y como velados por una gasa. El Brevent, las Agujas Rojas, el Buet, el Diente del Mediodía, los Diablerets, el Eiger, la Gemmi, el Finsteraarhorn, la Jungfrau, el monte Cenis, el monte Isern, el monte Viso, los Alpes Marítimos, los Apeninos, el monte Cervino, el monte Rosa, el San Gotardo, la Furka, el monte Velan, las llanuras de Lombardía, el cuello del Bonhomme y, por último, la cadena del Jura, desde Lion hasta Basilea; tal era el sublime cuadro que contemplaban los congregados en la altura.

Las exclamaciones de admiración se sucedían espontáneas y sin tregua, y llegaron al colmo cuando el guía-jefe gritó:

– ¡La sombra del Mont-Blanc!

Era, efectivamente, la sombra del coloso; la que en forma de cono, festoneada de una faja rosa, surgía imponente, fantástica y gigantesca sobre las montañas del Piamonte. Caminaba con lentitud hacia el horizonte al mismo tiempo que se elevaba en los aires, y parecía la visión de un sueño en nada semejante á la realidad de los objetos que percibimos en nuestro planeta. Las sombras de las demás montañas que se dibujaban en la inmensa perspectiva se iban acercando poco á poco á la del Mont-Blanc hasta confundirse con ella, y se las veía avanzar, maravillosas y radiantes, verdes en su base y envueltas en una riquísima aureola de púrpura que, decreciendo en intensidad, acababa por confundirse con el tono rosado del cielo.

Mistress Sara, abstraída por la majestad del espectáculo, decía á media voz:

– ¡Espléndido! ¡Espléndido!

Los demás viajeros callaban, sin apartar la vista del espacio y creíanse juguete de una alucinación.

Las sombras se borraron y aun repetía Sara:

– ¡Espléndido! ¡Espléndido!

Aquellos instantes la compensaban de la inconveniencia del francés y de la idea de Arturo; pero como era preciso pensar en la bajada, hizo que los guías sacasen las provisiones y en pos de ellas el Champagne.

Mr. Williams inició los brindis con media docena de sílabas, lujo que se permitía en las ocasiones solemnes. Los amigos del amable matrimonio expresaron, según su particular elocuencia, la satisfacción que experimentaban y todo lo que es de rigor en circunstancias por el estilo; y ya se daba como terminada la fiesta, cuando el guía-jefe, alzando una copa llena del dorado vino, se colocó delante de Sara y con acento respetuoso dijo:

– Señora, á la salud de V. y á la de su honorable esposo, que han encontrado bueno el pensamiento del guía de esta montaña, Sylvain Couttet, el cual, al casarse, obsequió á su mujer con un viaje de novios á la cumbre del Mont Blanc.

Mistress Sara palideció horriblemente. Quiso hablar y no pudo; lanzó á su marido una mirada de odio salvaje; dirigió la vista á los calzoncillos de blanco lienzo que flotaban burlones, y cayó desmayada.

El pícaro de Sylvain Couttet quitaba todo el mérito á su obra...

¡La infeliz Sara había buscado el idealismo en lo original, y encontraba la prosa...!

Mr. Williams lo comprendió todo, y en el apoteosis de la felicidad exclamó:

– ¡Está salvada!

AUGUSTO TÉREZ PERCHET

UNA FAMILIA FELIZ

No obstante el libre albedrío, es claro y evidente que todos obedecemos á una especie de *sino* ó estrella, como antiguamente se decía. El *¡estaba escrito!* de los islamitas es equivalente al *¡estaba de Dios!* de los cristianos. Cuando llega la hora se tejen los hilos de los destinos humanos, y enreda á cada individuo en mallas que no puede romper.

La historia que voy á contar, contemporánea y verídica de todo punto, probará esta tesis. Por ella comprenderá el lector que la mayor parte de las veces el hombre no se crea su suerte, sino que es influído por ella.

Don Cándido Cuenca era un comerciante retirado, de edad provecta, poseedor de un buen capital, unido legítimamente á una señora de buen ver todavía, y padre amoroso de dos niñas, una de quince y la otra de diez y siete años de edad. Su existencia (la de D. Cándido) se deslizaba mansamente como la de un arroyo en un llano, compartida metódicamente entre sus deberes de padre, esposo y ciudadano pacífico; y digo pacífico, porque ni las más leves convulsiones político sociales hallaban eco en su corazón y nunca *por ende* había querido tomar parte en la cosa pública, siendo siquiera capitán de milicia ciudadana (cuando la había) ó alcalde de barrio ó concejal.

Misa diaria, paseos higiénicos los jueves y domingos, asistencia moderada á las funciones de iglesia, tertulia íntima en casa de un amigo suyo, propietario de la misma vecindad, fiestas del hogar doméstico en celebridad de santos y cumpleaños. Viaje anual al Pardo el día de San Eugenio y la consabida clásica comida en el de San Isidro, en la pradera del Manzanares; constituyeron durante mucho tiempo los tranquilos goces del ex comerciante y de su respetable familia.

Pero ¿quién detiene la constante marcha del progreso? ¿Quién puede evitar la influencia de las costumbres? ¿De cuántos medios no se vale el enemigo común de los hombres para tentarlos y para perderlos?

¿Qué Fausto no tiene su Mefistófeles?

¡Ah! D. Cándido no se llamaba Fausto, pero le tuvo también y el genio maléfico castigó al elegido por víctima

Por do más pecado había;

como al infortunado rey godo D. Rodrigo; quiero decir por donde única é inocentemente habíase extralimitado D. Cándido, que era en su desmedida afición al teatro.

El buen señor de resultas de haber representado comedias caseras, allá en la juventud y cuando era simplemente hortera, en el antiguo teatro de las Urosas, y en compañía de Vicente Caltañazor, después célebre zarzuelista, de quien es contemporáneo; adquirió tal pasión hacia las representaciones escénicas, que, de mancebo invertía en asistir á ellas todos sus ahorros, y ya machucho casado y padre de familia, alteraba por ellas su metódico género de vida.

Verdad es que tenía una cómplice en su cara mitad; esta señora que, aunque hija de un farmacéutico, era casi romántica, compartía la afición de su esposo y aun me atreveré á decir que le superaba en ella. Las dos niñas, vástagos tiernos de aquel matrimonio, experimentaron el contagio, como es natural, de suerte que desde pequeñuelas recitaban con infantil donaire escenas enteras de *Los polvos de la madre Celestina* ó cantaban los motivos de zarzuelas más populares, trayendo á la memoria del autor de sus días los dulces recuerdos de la juventud, y de Vicente Caltañazor.

Como los negocios de D. Cándido siempre fueron viento en popa, esta común afición por el teatro en nada turbó su felicidad ni la de su familia hasta... hasta que apareció el susodicho Mefistófeles encarnado en la figura de un joven algo entrado en años, literato, periodista, calculista y espiritista.

Introdújose este joven en el hogar doméstico del ex comerciante, ignoro por qué medios, y supo captarse las simpatías de la familia, de tal modo, que como suele decirse, no podían pasar sin él, principalmente la señora de la casa, que como casi romántica sabía aquilatar en su debido punto las cualidades de mundo, de talento, relaciones, méritos y porvenir que en dicho caballero campeaban; y que además, como buena hija de farmacéutico, era aficionada á los espíritus.

Don Serafín (siempre el diablo busca estos nombres angelicales) era, pues, el amigo íntimo de D. Cándido, el *cavaliero servente* de la señora, el Mentor de las pollitas respecto á modas y costumbres de buen tono; tanto, que por él supieron ellas que son cosas cursis y vulgares, andar despacio, usar la palabra *esposo*, refrescar leche merengada y leer novelas por entregas.

El ex-comerciante asistía con frecuencia al Teatro de*** en el cual, como inteligente y amigo de Vicente Caltañazor, apreciaba en todo su valor el talento cómico de la graciosa; júzguese, pues, de su contrariedad y sorpresa cuando un día le dijo D. Serafín, que era una especie de crónica teatral viviente:

– ¿Sabe V. que el Teatro de*** truena?

– ¿Truena? ¿por qué? – preguntó D. Cándido.

– Dicen que por falta de *monis*, pero yo creo que por mala dirección.

– ¿Usted cree eso?

– No lo creo, lo sé. De otro modo sería imposible el trueno. ¡Un teatro tan bien situado, con un pasado tan glorioso! ¡Ah! ¡si yo tuviera medios!...

(No olvide el lector que D. Serafín era calculista.)

– Si V. tuviera medios ¿qué haría? – preguntó el ex-comerciante.

– ¡Toma! quedarme con el teatro, formar nueva compañía teniendo por base á Fulanita (Fulanita era la graciosa), procurarme obras de punta, valerme de la prensa, encarrilar al público y ganar mucho dinero.

En el párrafo anterior el lector habrá reconocido en don Serafín las cualidades de literato, periodista y espiritista.

Don Cándido estuvo pensativo durante algunos días.

El espíritu mefistofélico, y el ángel positivista y calculador que le había ayudado á labrar su fortuna, luchaban en su espíritu en reñida batalla, hasta que por fin aquél venció á éste.

Una noche antes de conciliar el sueño, el ex-comerciante dijo á su mujer, que aunque casi romántica ocupaba parte del lecho conyugal:

– ¿Sabes que estoy tentado por quedarme con el Teatro de***? ¿qué te parece?

– Que harías bien, – contestó la cónyuge.

Don Cándido quedóse algo sorprendido, porque en alguna ocasión en que había tratado de emprender algunas especulaciones, su mujer le había disuadido, diciéndole:

– Mira, Cándido, no te metas en líos. Tenemos nuestro capital asegurado y la fortuna vuelve la cara á los machuchos como tú.

¿Cómo, pues, esta vez, su esposa veía tan claro un negocio tan turbio como suelen ser los de teatro?

– ¿De modo que supones que me irá bien? – repuso don Cándido.

– Seguramente. Lo que á tí te falta de experiencia en cosas de teatro, lo tiene Serafín de sobra, y sus consejos pueden servirte de mucho.

Don Cándido vaciló aun algunos días, pero después de repetidas pláticas y consultas con D. Serafín, se decidió á tomar la empresa del susodicho teatro.

El inteligente literato y periodista se lo dió todo hecho. El reorganizó la compañía, aumentando en quince pesetas diarias los emolumentos de la graciosa, él redactó los carteles de anuncio, é hizo publicar en los periódicos sueltos parecidos á este:

«El acaudalado ex-industrial D. Cándido Cuenca ha tomado la empresa del Teatro de*** que comenzará á actuar en los primeros días del próximo mes de noviembre bajo la dirección artística del distinguido escritor don Serafín Mentirola. La compañía no puede ser más completa y tiene por base á la popular actriz del género cómico doña***. La empresa cuenta con obras de reputados autores, y no vacilamos en asegurarla una campaña brillante.»



LA LLAURAORA, dibujo á la pluma de J. Zapater *(reproducido fotográficamente)*

Don Serafín tenía escrita una zarzuela de gran espectáculo titulada *Los Palanquines*, puesta en música por un notable compositor, y se convino que el teatro se inauguraría con esta.

Comenzaron los ensayos, mientras se pintaban las decoraciones chinescas que el argumento requería. D. Cándido fué sacando del Banco algunos talones, no sin sentir algunos estremecimientos en los suyos; pero tenía todo el mundo tal seguridad en el éxito de la empresa, que al fin concluyó por tranquilizarse.

Además las satisfacciones de amor propio, suyas y de su familia, hacíanle ver todo á través de un prisma de color de rosa. En los ensayos la graciosa estaba arrebatadora, y se aplaudían á rabiar todas las piezas de música. La familia del empresario asistía á todos en un palco de proscenio, que se había adjudicado, y á donde los actores y amigos iban á rendirla pleito-homenaje.

Las niñas de D. Cándido estaban encantadas.

El autor y director de escena D. Serafín era un monstruo de actividad.

Todo, pues, marchaba *sur des roulettes*, como dicen los franceses.

Llegó la noche de la primera representación.

El teatro estaba lleno del público de los estrenos; es decir de lo más selecto é inteligente de Madrid.

La señora del empresario y sus interesantes hijas ocupaban su palco de proscenio.

El ex-comerciante y D. Serafín se multiplicaban en la escena y entre bastidores para cuidar de los últimos detalles.

Empezó la sinfonía de obertura á telón corrido. Oyóla el público en silencio, pues quizá le pareció demasiado lúgubre para música chinesca.

Porque, por los nombres de los personajes consignados en el cartel y por el título de la obra, supuso que la acción debía pasar en la China ó cosa así.

Levántase el telón.

La decoración, que representaba la plaza de un pueblo con una pagoda en el fondo, hizo efecto á pesar de que el pintor había abusado de los dragones y de las campanillas en el ornato exterior de la pagoda.

Hubo un coro de lugareños y lugareñas chinos, cuyo estribillo decía:

La diosa Dehera
Ya nos espera,
Vamos á orar ;

y con efecto se entraron en la pagoda.

Después en un palanquín conducido por cuatro esclavos tártaros, salió un personaje de grandes bigotes, gran coleta y gran abdomen, que se apeó y dijo: que tenía recelos de que su mujer se la pegaba con un oficial de la Casa del Emperador y que sospechaba que los culpables tenían sus citas en aquel sitio oculto.

Al llamar sitio oculto á una plaza donde hay un templo, levantóse un murmullo en el público.

El personaje cantó una romanza, acariciando el mango de un puñal que llevaba al cinto, y montando en el palanquín se retiró diciendo que iba á acechar escondido en los alrededores.

Salió un segundo palanquín, y alzóse en el público un murmullo siniestro. Apaciguóse, y un segundo personaje joven, pintorescamente vestido, cantó también una romanza en la que expresaba su amor y sus dudas de que la deliciosa *Fa-loto-la* acudiese á su amorosa cita. Dijo después recitando, que iba á esperarla á la Fuente de las tortugas, sitio designado.

– Pues entonces ¿por qué ha venido V. aquí? – exclamó un chusco del público.

El galán personaje, algo desconcertado, subió á su palanquín y se retiró.

A pocos momentos se presenta un tercer palanquín. El público al verle, y al notar que los conductores eran los anteriores esclavos tártaros, prorrumpe en una silba monumental, tan estrepitosa, que la deliciosa *Fa-loto-la*, que venía en aquél, no se atreve á apearse, y cae el telón entre un escándalo digno de un circo taurino.

Omito detalles, sólo sí diré que la empresaria se desmayó en su palco de proscenio, que sus dos pimpollos lloraron, que D. Serafín se eclipsó, y que el malaventurado ex-comerciante vió las estrellas y eso que llovía á chaparrón.

Así como Calipso no podía resignarse á la ausencia de Ulises, del mismo modo D. Cándido no se resignaba á haber tirado á la calle nueve mil y pico de duros que le costó el arriendo del teatro, formación de compañía con los consabidos adelantos, y decorado de la obra que obtuvo tan ruidoso éxito.

Aconsejado por un amigo inteligente, contrató un cuadro dramático, acudiendo antes á un célebre dramaturgo, y poniéndose de acuerdo con él á fin de que le diese un drama que estaba concluyendo.

Esta segunda parte de la empresa del atribulado ex-comerciante costóle un ojo de la cara. El autor del drama exigióle un tanto adelantado, aquellos eminentes actores exigiéronle unas contratas tremendas, sobre todo la primera actriz que además de sus fabulosos emolumentos, pidió coche para ir y venir á ensayos y funciones, y chocolate con briós para su respetable madre todas las noches de función.

Don Cándido resignóse á todo. Hallábase en el caso del jugador que busca el desquite. Los ensayos de la nueva obra se prolongaban porque su autor era muy meticuloso. Dos decoraciones nuevas costaron un dineral, porque la acción del drama pasaba en las riberas del Nilo y tenía que haber galeras trirremes, pirámides, esfinges y otras zarandajas.

El bueno de D. Cándido iba consumiendo todos sus talones depositados en el Banco. Representóse la obra y... para ahorrarme trabajo, copiaré un párrafo del más reputado crítico teatral.

Dice así:

«*La crecida del Nilo*, último drama de D..., no parece de su autor. Ni el Nilo crece, ni aquellos son egipcios sino valentones del Perchel, ni es posible enredar una trama escénica más pobre y más vulgar.»

Sabiendo esto, debe suponerse lo que aconteció. Tronó el teatro, arruinóse D. Cándido, y su romántica cónyuge contrajo una afección histérica. Y no sólo se arruinó don Cándido, sino que estuvo á la muerte á consecuencia de un ataque cerebral. La convalecencia fué larga y penosa, y el desgraciado ex-comerciante y empresario, hecho el cómputo de su fortuna, hallóse con que sólo le quedaban dos mil quinientas pesetas escasas.

Y aquí entra lo inaudito, aunque no tanto como parece; pues sabido es que las pasiones contrariadas conducen al extravío. En vez de trabajar en su antiguo comercio ó de pretender un destino más ó menos modesto, D. Cándido, impulsado por la afición que habíale arruinado, se hizo actor y envolvió en su vértigo á toda su familia.

Sí, fué una familia de Atridas, digo de actores. El ex-comerciante hace papeles de carácter, su esposa es dama matrona, la hija mayor dama joven, y la menor graciosa. Unos cuantos actores de la legua completaron la compañía, y como esta *troupe* no cabía en Madrid, dedicóse á embelesar en provincias. Donde la compañía de Cuenca, que así la llamaban, obtuvo mayores éxitos fué en algunos puntos de Extremadura y de Galicia.

Y así vive D. Cándido hace siete años, tirando de su existencia y de la de su familia, en esa vida beduina, propia de los cómicos de tal jaez.

Esta temporada ha logrado una de sus más ardientes aspiraciones: trabaja en Madrid en el teatro de los *Peces*, que más bien pudiera llamarse de los gazapos, porque D. Cándido que es un actor demasiado bueno para los diez céntimos que cuesta la entrada del teatro en donde trabaja, tiene el defecto de equivocarse declamando con bastante frecuencia.

Y... ¡lo que son las pasiones! Ni el antiguo comerciante, ni su familia echan de menos su tranquila y cómoda existencia pasada.

No obstante los frecuentes apuros, silbas y demás percances del oficio, la familia de D. Cándido es una familia feliz.

¡Ah! se me olvidaba decir que D. Serafín el literato, periodista, autor dramático y hombre de mundo, ha terminado su brillante carrera siendo administrador de loterías en Chinchón, pueblo célebre por sus aguardientes.

JACINTO ESCOBAR



ALREDEDORES DE AMSTERDAM, cuadro de J. M. Marqués

LA EXPEDICIÓN AMERICANA

Á LA BAHÍA DE LADY FRANKLIN

Durante el mes de junio de 1881 y á consecuencia de las resoluciones adoptadas por la Conferencia polar internacional, abandonó las playas americanas en dirección á la bahía de Lady Franklin el buque ballenero *Proteo* (de San Juan de Terranova) llevando á bordo una expedición mandada por el teniente (hoy general) Greely y compuesta de otros dos oficiales, diez y nueve soldados, un médico francés (el Dr. Pavy) y dos esquimales con provisiones de toda clase para tres años.

El *Proteo* llegó el día 5 de agosto del propio año á la bahía y aprisionado por los hielos á algunas millas de la costa no pudo penetrar hasta el 12 en el abra de la *Discovery* y después de haber desembarcado la carga para que el barco pudiera emprender su regreso cuando el mar estaba aún casi libre, emplazaron la estación polar de *Fuerte Conger* á los 81°44' de latitud Norte y 67°5' de longitud Oeste.

Como las investigaciones científicas no debían empezar hasta el 1.° de junio de 1882, no bien hubieron construído la casa vivienda y los pabellones á aquéllas destinados, y organizado los servicios para las observaciones meteorológicas y magnéticas, dedicáronse los expedicionarios á las exploraciones geográficas. Así transcurrió la noche polar y al asomar el sol á fines de febrero, ordenó el comandante que se practicaran algunos reconocimientos en los alrededores para comprobar el estado de los hielos y que se dispusieran depósitos de víveres debidamente escalonados á lo largo de la costa. En marzo y abril hizo el Dr. Pavy un viaje de exploración á la Tierra de Grant y no sin tener que vencer serios obstáculos y arrostrar grandes peligros pudo llegar hasta los 82° 56' de latitud, observando entonces que en aquella estación el mar polar no está siempre completamente helado.

A principios de abril de 1882 el teniente Lookwood y el sargento Brainard partieron hacia el Norte con la misión de acercarse lo más posible al polo: sufriendo tempestades, arrostrando terribles fatigas y reduciendo las raciones, todo esto con un frío de 40 grados, llegaron á una isla cuya posición geográfica resultó ser 83° 24' de latitud por 46° 6' de longitud Oeste, subieron á una elevada montaña desde cuya cima se disfrutaba de una vista «magnífica» y clavaron en la cumbre más alta la bandera nacional. Aquella isla que inmortaliza el nombre de Lookwood constituye el punto más septentrional que hasta ahora ha hollado la planta del hombre. Una segunda isla de forma piramidal situada al Sud de la anterior fué bautizada por Greely con el nombre de Brainard.

En estas regiones encuéntranse huellas que acusan la existencia de animales variados, tales como bueyes almizcleños, osos, zorros, liebres, conejos de Noruega, etc.; el reino vegetal está allí representado por distintas especies de hierbas, entre las que abundan especialmente las saxifragas y las adormideras, y en cuanto á las rocas, las más de ellas son esquistos pizarreros.

Fig. 1. – La bola misteriosa en el Circo de los Campos Elíseos, en París, representada con el clown Lepère que se encierra en ella, según se ve en la fig. núm. 2 *(de una fotografía)*

Lookwood, antes de abandonar la isla, depositó en un *cairn* un resumen de su viaje, una copia de sus observaciones meteorológicas y astronómicas y un termómetro á mínima cuyas indicaciones podían llegar á 54° bajo cero.

El comandante Greely hizo dos expediciones al interior de la Tierra de Grinnell, todavía inexplorada: en la primera caminó á lo largo de un valle por donde corría un río que nacía en un vasto lago, el lago de Hazen y cuya agua tenía una temperatura de 0'3 grados. La vegetación herbácea de los valles que recorrió justificaba la presencia de numerosas especies de animales en estas elevadas latitudes. En la segunda encontró no muy lejos del lago Hazen, á orillas de un río, restos de campamentos esquimales de verano, y muy cerca del lago vestigios de viviendas que en remotos tiempos debieron ser permanentemente habitadas, logrando descubrir diversos objetos procedentes de esas antiguas épocas, como un trineo casi entero, fragmentos de armas de caza, arneses de perro, cuchillos con hoja de hierro, cuernos de rengíferos etc. etc.

Finalmente, la Tierra de Grinnell fué explorada por tercera vez por Lookwood y Brainard que siguiendo la dirección Oeste llegaron á la latitud de 80° 48': el sargento Brainard trajo de esta expedición algunas astillas de un árbol petrificado.

La flora es tan variada en aquellos parajes, que los expedicionarios pudieron reunir 69 especies que con los innumerables ejemplares de líquenes y musgos recogidos por el teniente Kislingbury y con la colección ornitológica que comprendía 32 especies de pájaros hubieron de ser desgraciadamente abandonados en *Fuerte Conger*, cuando la expedición emprendió la retirada al Sud.

(Continuará)

Fig. 2. – El clown Lepère dentro de la bola misteriosa *(de una fotografía)*

LA CIENCIA EN EL CIRCO

LA BOLA MISTERIOSA

Llama actualmente la atención en París un espectáculo en extremo curioso; nos referimos al ejercicio que el clown Lepère ejecuta en el Circo de los Campos Elíseos.

Levántase en la pista una especie de puente formado por dos planos inclinados unidos en el centro por medio de una pequeña plataforma sobre la cual se coloca una bola de 0'75 metros de diámetro (fig. 1): de repente ésta empieza á moverse, lánzase por uno de los planos inclinados y cuando parece que va á caer al suelo se detiene, desciende pausadamente, retrocede un poco, vuelve á avanzar y al llegar al extremo de aquél cambia de movimiento y comienza á subir por donde ha bajado hasta pararse en la plataforma. Allí empieza á explicarse el misterio hasta entonces incomprensible: por un agujero de la bola sale una bandera y en seguida óyese el ruido de un disparo hecho en el interior; no hay duda la esfera está habitada. En efecto, después de haber corrido rápidamente por el segundo plano cae sobre un almohadón colocado en el suelo, se abre y de ella sale el clown Lepère, hombre de 1'56 metros de estatura que parece imposible pueda acomodarse dentro de una caja tan pequeña. ¡Y si esto sólo fuera! Más imposible todavía parece que una vez dentro de ella se mueva con tan maravillosa habilidad. Es preciso, en efecto, que tenga un sentimiento del equilibrio y una elasticidad admirables para que en tal posición pueda cambiar continuamente el centro de gravedad de la bola y mantenerlo siempre en el plano vertical pasando por el eje del puente.

La fig. 2 indica cómo se coloca Mr. Lepère: cerrada la bola, el equilibrio sólo existe cuando el artista está en posición sentada; cuando quiere que la bola se mueva tiene que moverse él *andando* con las manos y las rodillas, como la ardilla en la movible rueda de su jaula. Pero ¡cuántas precauciones ha de tomar para que el eje del cuerpo coincida con el eje del puente y para no caer fuera del plano inclinado cuya anchura es sólo de 30 centímetros! ¡Cuánta agilidad necesita para dominar y contrarrestar la velocidad adquirida cuando la bola ha empezado á correr!

Los ejercicios de fuerza y de habilidad se basan muchas veces en los principios mecánicos de la gravedad, de la velocidad adquirida y de la inercia de la materia, y aunque los clowns se preocupan poco de conocerlos los aplican con destreza extraordinaria gracias á una especie de instinto, á una aptitud especial que les permite encontrar rápidamente la posición de equilibrio.

De ello es buena prueba el ingenioso y nuevo ejercicio de Mr. Lepère.

(De *La Nature*)

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN